

La trayectoria de Chile

Author(s): Pedro Vuskovic

Source: *Investigación Económica*, Vol. 36, No. [140] (Abril-Junio de 1977), pp. 9-25

Published by: Facultad de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/42776999>

Accessed: 23-11-2021 14:14 UTC

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

Facultad de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Investigación Económica*

chile79

la política económica en Chile
de 1970 a 1977

La trayectoria de Chile *

por *Pedro Vuskovic*

América Latina en Chile

QUEDA todavía mucho por decir sobre la derrota transitoria del pueblo chileno que abrió paso al fascismo: sobre sus enseñanzas, y también sobre los errores nuestros que contribuyen a explicarla, sobre responsabilidades del pasado.

Pero Chile no es el Chile derrotado. No se cerró la historia el 11 de septiembre de 1973. Es una etapa de retroceso, dolorosa y sangrienta,

es un proceso que conoció antes otros golpes de la reacción, y que conocerá en el futuro otros avances revolucionarios.

Le ayudan a nuestro pueblo, en la perspectiva de ese futuro ineludible, las experiencias exitosas de otros pue-

* Salvo correcciones menores, este texto corresponde a la exposición del autor en el ciclo sobre "La economía mundial y el cambio social", Cursos de Otoño de la Facultad de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México, noviembre de 1976.

blos, las que acumularon en la lucha y las que acumularon en su construcción socialista. Como Chile tiene también, en su pasado reciente, unas experiencias que ofrecer. Acaso particularmente ricas y válidas para los demás pueblos latinoamericanos, y de otros continentes.

Experiencias ricas, por la variedad de situaciones que el pueblo chileno ha conocido en tiempo relativamente muy breve. La percepción tan irrefutable que tuvo sobre la incapacidad de superación de los problemas más agudos del país y de las masas en los marcos de un sistema de capitalismo dependiente, aun en las variantes más adelantadas del reformismo. La significación, inolvidable en la memoria de las masas, del Gobierno Popular, de la fuerza y las debilidades del proceso, del aprendizaje entonces de sus éxitos, y de la derrota. Y la realidad actual del fascismo, del ejercicio brutal del poder en representación de los intereses del imperialismo norteamericano y la burguesía monopólica, de los extremos de desnacionalización y de superexplotación de los trabajadores; y del duro camino de reconstruir en clandestinidad y represión los nuevos instrumentos que necesita para las nuevas formas de lucha.

Y también experiencias válidas para otros pueblos. Porque las particularidades nacionales no desdibujan la identidad de situaciones en sus elementos fundamentales, la naturaleza de los problemas, las causas últimas que los motivan, las opciones de fondo que plantean.

En consecuencia, hablar hoy de Chile, del proceso chileno, es hablar de América Latina: de la América Latina ya azotada por el fascismo; de la América Latina donde éste, aún no entronizado, se levanta como riesgo inminente; en definitiva, de la América Latina todavía no socialista.

Chile no es más que expresión especialmente elocuente y dramática de todo un proceso latinoamericano, que tenemos que comprender en su esencia para proyectar debidamente las lecciones del pasado a los requerimientos de la lucha presente y futura.

La incapacidad del capitalismo dependiente

En ese entendido de que, en lo esencial, es América Latina la que se refleja en Chile, trataré de plantear algunas proposiciones, de modo muy esquemático, referidas a cuatro etapas del proceso: unos rasgos centrales del proceso chileno hasta 1970, como antecedentes del programa de la Unidad Popular; el Gobierno Popular mismo, su significación y la derrota; la dictadura fascista, los intereses que representa, su colocación en la perspectiva histórica, los cambios que involucra el fascismo; y el desarrollo ulterior de la lucha, su carácter esencial a partir de las condiciones que el mismo fascismo contribuye a crear.

El conocimiento extendido de Chile hace innecesario apoyar esas referencias en muchos elementos de información, y permite que nos limi-

temos a unas conclusiones analíticas.

Cuando miramos el recorrido histórico de Chile, una primera enseñanza que nos sugiere —y en lo que se constituye en expresión más general de una trayectoria latinoamericana— se refiere a los límites del capitalismo dependiente como sistema.

Enunciada la conclusión en sus términos más breves y fundamentales: en las condiciones contemporáneas, el sistema de capitalismo dependiente no constituye un camino capaz de conducir a estadios superiores de capitalismo desarrollado.

No es viable tal expectativa, independientemente de que la deseemos o no.

En etapas relativamente tempranas, agota las posibilidades de evolución, como consecuencia de sus propias dinámicas de funcionamiento; profundiza los desequilibrios, extrema las tensiones y conflictos, y desemboca en una crisis estructural que es incapaz de resolver.

Después de la ya larga experiencia de frustraciones y problemas acumulados en América Latina, es hora de reconocer unas leyes generales y específicas de funcionamiento del capitalismo dependiente que conducen inevitablemente a esa crisis. Unas dinámicas inherentes a ese funcionamiento —de concentración, de extranjerización, de desigualdad, de acumulación insuficiente— que profundizan en sus propias conductas y se refuerzan en sus interrelaciones.

Dinámica de la concentración, porque en las condiciones particulares de estos países, desde las primeras

etapas de desarrollo industrial se conforma una estructura fuertemente monopolizada, que se proyecta luego en intensos procesos de concentración y centralización del capital, de dominio creciente de núcleos de poder oligopólico y de conglomerados financieros y productivos.

Dinámica de la extranjerización, en la que se acumulan fuerzas que se influyen recíprocamente, y que determinan que ni la simple expansión cuantitativa, ni la modernización general, ni la industrialización sustitutiva, sirven para afirmar la independencia económica nacional y atenuar la dependencia exterior. Por el contrario, acrecientan la vulnerabilidad, profundizan la subordinación y refuerzan la dominación imperialista.

Dinámica de la desigualdad, de modo que el crecimiento no extiende sus frutos al conjunto de las poblaciones, sino que extrema diferenciaciones, concentra altas cuotas del ingreso en proporciones menores a las expectativas ilimitadas de consumo, que abre al precio de no resolver los problemas elementales de vida de las masas; genera y acrecienta un proceso de marginalización, y conforma toda una estructura productiva acomodada al consumo de los estratos privilegiados.

Unos comportamientos de la acumulación, con las complejas relaciones entre concentración de excedentes en los núcleos monopolísticos y la incapacidad de acumulación en los sectores no monopolísticos. Y las contradicciones entre los requerimientos de ahorro y los estímulos de creci-

miento dependiente de la expansión del consumo de los grupos de alto ingreso, los problemas crecientes de realización, con las tendencias consecuentes al estancamiento.

Y como expresiones más visibles de tales procesos, los desequilibrios, las presiones inflacionarias, los déficits fiscales; los desequilibrios de la balanza de pagos y la espiral interminable del endeudamiento externo. La agudización de la lucha por la distribución del ingreso y las tensiones consiguientes. Y la creciente incapacidad ocupacional que demuestra el conjunto del esquema.

Se disipan las creencias de que es problema de ritmo de crecimiento, de modernización, de urbanización o de simple industrialización sustitutiva.

Es el cuadro que podemos constatar en cualquiera de nuestros países.

La trayectoria chilena

Chile conoció, como los otros, ese proceso.

Y acumuló, con más fuerza y elocuencia, esas evidencias, como resultado de algunos rasgos particulares que aproximaban el tiempo de la crisis inevitable. Para mencionar sólo dos: la propia dimensión absoluta del país, que enfrenta más rápido al sistema con sus limitaciones y rigideces; y el desarrollo de la organización y conciencia de la clase obrera, forjadas en larga tradición de lucha, que habilitaba a los trabajadores para una defensa tenaz de sus intereses e impedía resoluciones fáciles de los

problemas que enfrentaba el sistema por la vía de descargar su peso sobre las masas trabajadoras.

Fue la clase obrera que respaldó el proyecto modernizador de la burguesía nacional triunfante con el Frente Popular en 1938; burguesía interesada entonces en la ampliación del mercado interno —y por tanto en algún grado de reforma agraria, y en algún grado de redistribución progresiva del ingreso—, y en la afirmación de una economía nacional menos dependiente, que identificaba entonces con la industrialización sustitutiva.

La clase obrera que constata después las incapacidades objetivas de esa burguesía nacional para satisfacer las aspiraciones reconocidas; el retroceso o la amenaza permanente sobre cada conquista lograda; la necesidad de una lucha constante para defender unos mejoramientos que se buscaba arrebatar en la inflación y en las llamadas políticas estabilizadoras. Que constató cómo en el proceso desatado se diferenciaban estratos al interior de la burguesía, y se fortalecía progresivamente una fracción burguesa con creciente capacidad de control monopólico, más interesada en su articulación con el capital imperialista que en el desarrollo independiente. Que constató la expansión de unas capas medias, mejor habilitadas para pugnar por una cuota creciente del ingreso, y dispuesta a lograrla en alianza con la burguesía y en desmedro de la ya escasa participación de los trabajadores.

Conoció así las más variadas ex-

perencias, desde el populismo “ibañista” hasta culminar con el más completo y consecuente proyecto reformista, en el gobierno demócrata-cristiano de Frei. El fracaso de éste fue la constatación definitiva.

Las opciones se hicieron entonces evidentes. O la preservación del sistema de capitalismo dependiente apelando a cambios sustantivos en sus patrones tradicionales de crecimiento, que intentara resolver la crisis en una articulación más completa con el imperialismo, en un vuelco de la economía hacia una economía fundamentalmente exportadora, en que importara poco el mercado interno; en la resolución de los desequilibrios descargando todo su peso sobre las masas; y en una superexplotación de los trabajadores que acrecentara los excedentes para reforzar la acumulación capitalista. O un programa de franca sustitución del sistema, que pusiera en marcha una transformación socialista de la economía chilena.

La primera, aunque no encontró una expresión así descarnada en las opciones electorales de 1970, estaba latente, y se había manifestado ya en intentos de levantamientos militares. Implicaba, desde luego, la anulación de las conquistas democráticas, la destrucción por la propia burguesía de la institucionalidad democrático-burguesa creada por ella misma.

Con ello, se hacía patente en Chile una conclusión que, en todo lo que venimos presenciando, se extiende con igual validez al resto de América Latina: la inevitable incompatibilidad que termina por darse entre el cre-

cimiento en los marcos de un sistema de capitalismo dependiente y cualquier forma, por limitada que sea, de desarrollo democrático.

La segunda opción se expresó directamente en el programa de la Unidad Popular, en la postulación presidencial de Salvador Allende, y por la única vía que estaba entonces abierta a las masas: la vía electoral.

Hay que decir por tanto algo que, aunque suela no tomarse en cuenta, constituye una de las principales claves del proceso chileno y de las enseñanzas que pueden los pueblos de América Latina extraer de él: esto es, que el germen de la dictadura del gran capital estaba presente en Chile ya *desde antes* que la Unidad Popular llegara al gobierno. Y, de hecho, el cuadro que tanto la economía como la lucha de clases presentó en Chile entre 1967 y 1970 adelantaba ya —aunque como una pálida anticipación— los trazos fundamentales de la situación actual.

En otras palabras, debe tenerse presente que el proceso chileno presenta similitudes tanto con las experiencias de los pueblos en que han triunfado movimientos revolucionarios, puesto que la alternativa socialista llegó a alcanzar en Chile cierta fuerza, como con las experiencias de otros pueblos: con Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia... Países en los que muchas veces la alternativa socialista no estuvo al alcance de la mano y en los que, sin embargo, la gran burguesía ha impuesto igualmente su dictadura implacable.

Es este hecho, el agotamiento del

sistema de capitalismo dependiente y la consecuente presencia de una crisis que podía ser resuelta bien en un sentido revolucionario, bien en un sentido contrarrevolucionario —y sin que ninguna salida intermedia pudiera imponerse con relativa estabilidad— el que da el verdadero marco para evaluar la experiencia de la Unidad Popular.

Una experiencia, por lo tanto, más que de transición al socialismo, de lucha por el poder.

El gobierno popular y su significado

El gobierno popular que surge estaba llamado a enfrentar los más grandes desafíos.

Desafíos, en primer lugar, por la amplitud y el poder de las fuerzas cuyos intereses quedaban inevitablemente afectados: el imperialismo, ante un proyecto de recuperación de los recursos propios, de liberación de los lazos de dependencia, y de una experiencia de transformación socialista capaz de proyectar enorme influencia en el plano mundial, y desde luego latinoamericano; el latifundio conminado en su erradicación definitiva; y la burguesía monopólica sobre cuya base económica expropiada se construiría el área de propiedad social, desde la que comenzaría a forjarse la futura economía socialista.

Un espectro muy grande de fuerzas a enfrentar; pero con el reconocimiento objetivo de que el capitalismo dependiente no deja muchas posibilida-

des de elegir o de escalonar a los enemigos.

Desafíos, también, por la variedad de los intereses y demandas a partir de una estructura social relativamente diversificada: unas capas de burguesía no monopólica que era a la vez muy difícil satisfacerlas o neutralizarlas: una pequeña y mediana burguesía empresarial, que ponderaría sus ganancias económicas —que las tuvo— frente a sus incertidumbres y sus motivaciones ideológicas; unas capas medias, con apertencias siempre presentes de acceso a formas superiores de consumo; unos estratos de clase obrera en situaciones de relativo privilegio, y ligadas por lo general a actividades dependientes del consumo de las capas burguesas de alto ingreso; gruesos contingentes de poblaciones marginales, que en las nuevas situaciones reclamaban con urgencia su incorporación plena.

Desafío, además, por las inflexibilidades de la estructura productiva que heredaba, acomodada a una distribución del ingreso y a unas relaciones económicas externas fundamentalmente distintas de las que se proponía establecer.

Por la extrema vulnerabilidad ante las acciones de obstrucción y amenaza del imperialismo, vulnerabilidad profundizada en toda la trayectoria anterior de dependencia.

Y por las propias condiciones en que se encauzaba el proceso, con el acceso al gobierno, pero no a partir de una situación resuelta de poder sino por resolver, con apoyo en ese

acceso, el problema definitivo del poder. Lo que a su vez implicaba cuando menos dos cosas: en un plano general, la necesidad inicial de desenvolverse en los marcos de la legalidad burguesa heredada, y de acumular así las fuerzas necesarias para sustituirla; en uno más particular, la necesidad simultánea de emprender las transformaciones estructurales de fondo, en la perspectiva socialista, y de resolver a corto plazo los problemas y aspiraciones inmediatos de las masas de modo que se contribuyera así a esa acumulación indispensable de fuerzas.

Y quizás a estas dificultades objetivas del proceso revolucionario sea preciso agregar un factor determinante en sus condiciones subjetivas: la inexistencia, en la práctica, de una auténtica vanguardia unificada que, implantada sólidamente en las masas y decididamente revolucionaria en su línea, contase al mismo tiempo con la flexibilidad táctica necesaria para conducir la marcha ascendente del proletariado a través de los sucesivos virajes de la historia.

Los avances en la realización del programa —no obstante tales desafíos y dificultades— son bien conocidos. También lo son sus efectos en la ampliación progresiva de la base de sustentación social del gobierno, y el extraordinario desarrollo político alcanzado entonces por las masas. Respecto de lo último, habría mucho que decir sobre su movilización, su iniciativa, su colocación frecuente por delante de sus organizaciones políticas o las disposiciones del gobier-

no, su papel decisivo para salvar las coyunturas más amenazadoras, su capacidad para tomar en sus manos la defensa del proceso.

Se sabe, igualmente, sobre la agudización extrema de la lucha de clases que acompañaba la realización del programa y el desarrollo de la fuerza popular, como era inevitable que ocurriera. Y sobre las tácticas sucesivas de la contrarrevolución, desde el cerco económico del imperialismo, la utilización por la burguesía de todas las bases de sustentación económica que conservaba para la obstrucción y el sabotaje, la presión de todos los instrumentos de transmisión ideológica, la apelación a la movilización opositora de las capas medias, la utilización de cada componente de un Estado que seguía siendo en lo esencial un Estado burgués.

Hasta culminar con la gran conspiración articulada desde el centro del imperio.

Y con la derrota. Transitoria, pero terriblemente trágica.

Derrota cuyas causas demanda el más serio y completo análisis, lejos todavía de concluirse. Sin escabullir el bulto a las autocríticas necesarias, ni refugiarse en las explicaciones fáciles de caricaturas que no ayudan a hacernos cargo de su real complejidad.

Muchas interrogantes ha dejado abiertas esa derrota. Desde la viabilidad misma de la llamada “vía chilena” hasta los términos de conducción en cada coyuntura: el aprovechamiento que se hizo o se dejó de

hacer de determinados acontecimientos en momentos decisivos (la mayoría electoral de abril de 1971, el paro patronal de octubre de 1972, el fracasado intento de levantamiento militar de junio de 1973).

O las interrogantes sobre la conducción de la política de alianzas, sobre la conducta ante las iniciativas de las masas, o sobre la velocidad que se imprimía a las transformaciones revolucionarias y la afectación de las bases de sustentación económica de la burguesía.

O las interrogantes sobre la justicia de una política económica que en su primera etapa enfrentaba paralelamente los cambios estructurales y las demandas de mejoramientos en las condiciones de vida material de los trabajadores, con sus inevitables repercusiones posteriores.

O las interrogantes sobre el momento en que los propios acontecimientos, y la acción del enemigo, planteaban a la dirección política una reconsideración de los términos técnicos y estratégicos en que se encauzaba el proceso.

Las enseñanzas del proceso

Una enorme potencialidad de experiencias que recoger de ese proceso chileno. Experiencias que no son patrimonio exclusivo de nosotros; ni sólo responsabilidad nuestra extraerlas y analizarlas.

Sabemos de muchos que contribuyen a esa tarea, y apreciamos en ellos unas aportaciones muy significativas. Como las que debemos a Kiva Mai-

dánik, por el sugerente análisis de su artículo "En torno a las enseñanzas de Chile".¹

Es más, muchos de nosotros compartimos plenamente sus conclusiones, y sentimos reflejado en ellas nuestro propio entendimiento de las cosas.

Sentimos esa concordancia en su análisis de las formulaciones tan difundidas de quienes, superficial o interesadamente, sugieren que el error fue no haber hecho una pausa para consolidar posiciones después de nacionalizadas las ramas básicas de la industria, y no haber trazado entonces límites "razonables" al programa socialista.

"¿Qué significaría —se pregunta Maidánik— la "pausa" estratégica en la revolución, digamos, a mediados de 1971?" Y concluye, tras fundamentar detenidamente su respuesta:

"...detenerse en las transformaciones iniciales significaría, primero, renunciar a los objetivos socialistas por los que se pronunciaba el proletariado chileno; segundo, renunciar a la revolución como tal (dando posibilidades a la burguesía para volver al poder); tercero, renunciar a la lucha contra las bases de la dependencia; cuarto, resignarse al establecimiento, en un futuro próximo, de formas

¹ Kiva Maidánik, candidato a doctor en ciencias históricas, del Instituto de Economía Mundial y de Relaciones Internacionales de la Unión Soviética. El artículo en referencia fue publicado en la Revista *América Latina*, Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS Núm. 2, 1975.

dictatoriales de dominación burguesa como las más adecuadas a la lógica de la etapa actual de desarrollo capitalista dependiente... Para evitar el caos y crear una situación de irreversibilidad del proceso —tanto más en condiciones cuando la burguesía era más fuerte que la clase obrera y mantenía en sus manos gran parte del poder— había que seguir avanzando... una vez iniciada la revolución y proclamado como objetivo su irreversibilidad, ya no se podía, sin perjudicar a este objetivo, hacer nuevas concesiones estratégicas, mientras no fuese solucionada la cuestión del poder. Solamente con la conquista a la plenitud de la contrarrevolución se creaban objetivamente condiciones para efectuar repliegues y pausas...”

Concordamos igualmente con su análisis cuando se hace cargo de las críticas a la conducción económica del Gobierno Popular en su política redistributiva y de asignación de recursos a finalidades de ascenso en las condiciones de vida material de las masas. Compartimos esta conclusión de Maidánik:

“Para alcanzar los objetivos políticos, era necesario también elevar sustancialmente el nivel de vida de los trabajadores... Los que hoy por hoy consideran... que eso fue un error del gobierno de Allende, no tienen en consideración que la revolución se realiza bajo la ban-

dera de la justicia social y no de la elevación de las normas de acumulación... Sin el mejoramiento inmediato y evidente de la situación material de los trabajadores y sin la etapa de redistribución de la renta nacional, sería imposible el apoyo al gobierno de la Unidad Popular por parte de las amplias masas, tantas veces engañadas en el pasado. Tanto más en condiciones de vía pacífica... Tanto más en condiciones cuando el único “momento compensador” posible —el poder y la plenitud en manos del proletariado— estaba ausente...”

Y recordamos igualmente en su análisis el valor de la advertencia a que se juzgue menos en función de los deseos y las voluntades y más en función de las condiciones objetivas. Como lo hace a propósito de los problemas de alianzas, en aquel entonces particularmente con el Partido Demócrata Cristiano, sobre lo cual escribe:

“...las posiciones de las partes, el antagonismo entre la UP y la dirección del PDC estaban condicionados, ante todo, por las leyes objetivas de la diferenciación sociopolítica en condiciones de desarrollo de la revolución orientada hacia el socialismo. Indudablemente, la alianza táctica con el PDC en los márgenes de la estrategia revolucionaria sería muy importante y útil para las fuerzas de izquierda. La desgracia, no obstante,

consistía en que esto lo comprendían perfectamente la burguesía y los líderes de derecha del PDC. Y como la comprendían, estaban plenamente decididos a no permitirlo. Lamentablemente, a favor de ellos trabajaban también las leyes objetivas... El PDC era un partido burgués, aunque se pronunciase por un capitalismo renovado y "democrático" y por un cambio en las formas de dependencia. Mientras tanto, la revolución estaba contra cualquier capitalismo, contra cualquier dependencia... Toda la experiencia de las revoluciones anteriores indicaba que la mayoría de los líderes del PDC apoyaría, en el momento decisivo, a los fascistas y "gorilas". Y así es como aconteció".

Y compartimos también, para citar un último entre tantos puntos de coincidencia, su conclusión sobre la viabilidad misma del proyecto revolucionario, viabilidad latente aún en las condiciones que llegaron a imperar en los inicios de 1973, toda vez que se imprimieran entonces al proceso cambios insoslayables. Difícil decirlo en palabras más propias que las suyas:

"...desde ese momento (finales de marzo-abril de 1973) las posibilidades de la vía pacífica se habían agotado, el curso del desarrollo ulterior de la revolución por esa vía conducía a un atolladero, a la derrota... Sin embargo, eso de ningún modo significa-

ba que la revolución estaba condenada... Podría convertirse, bajo determinadas condiciones, en la base de su victoria en el campo de batalla. Pero la realización de esa perspectiva requería cambios radicales en la táctica y, en cierta medida, también en la estrategia de la Unidad Popular. Hacer hincapié en las actividades de abajo, en la ofensiva de las masas; la integridad, firmeza y claridad de objetivos en la línea política ofensiva; el acrecentamiento de la labor en el ejército (aislamiento de los elementos reaccionarios y apoyo decisivo a los círculos patrióticos); la preparación multifacética para la lucha armada y para cualquiera de sus variantes: éstas eran algunas de las condiciones que podían conducir a la victoria".

Significado y orígenes del fascismo

Tras la derrota, el fascismo.

No podía ser de otro modo, aunque —honestamente— no lo percibíamos entonces así con igual claridad.

Y no podía ser de otro modo, no sólo por el desarrollo político alcanzado por el pueblo chileno, y porque no podían revertirse las realizaciones del gobierno popular sino mediante el uso extremo de la fuerza militar. En lo esencial porque la opción fascista —como se ha dicho— estaba latente ya desde antes, representando entonces y con mayor razón después del gobierno popular, la única alternativa para restituir y preservar

el sistema de capitalismo dependiente.

También en ello, Chile se constituye en expresión de un proceso más general, latinoamericano, en que se advierten las fuentes comunes de las que emana el surgimiento del fascismo dependiente.

Poca duda cabe hoy día de que una de esas fuentes comunes radica en los propósitos actuales de dominación del imperialismo norteamericano y en la decisión implacable con que procura su consecución, buscando asegurar a América Latina como zona indispensable de repliegue tras sus derrotas políticas y militares en otras áreas. Dominación acrecentada, que necesita también como respuesta a sus requerimientos de reorganización del capitalismo internacional, en unas escalas supranacionales que le permitan disponer planificadamente de recursos, localizaciones, mercados y excedentes. Por eso, ni siquiera se intenta ocultar el papel desempeñado por instrumentos oficiales del gobierno de Estados Unidos y empresas transnacionales en la preparación de los golpes militares y en la conducción y consolidación de las dictaduras que se implantan a partir de ellos. Por eso también, con los gobiernos sometidos y serviles, vienen dibujando un nuevo mapa económico de América Latina, en que a cada país se asigna un campo y una especialización en función de los intereses económicos de la metrópolis y de las empresas que los representan.

Como están también las raíces internas, que se han descrito, y que

son las que permiten a la potencia imperial, para materializar esos designios, apoyarse en sectores del interior mismo de los países afectados. Puesto que, en la etapa que vivimos, de culminación de la trayectoria del capitalismo dependiente en muchos países latinoamericanos, las capas dirigentes tienen que apelar a recursos últimos y extremos para la preservación de ese sistema. Y sus exigencias más perentorias: una articulación mucho más completa y subordinada a la economía imperial en orden a superar los problemas de “desequilibrio externo” —conduciendo con ello el proceso de extranjerización a límites extremos— y el acrecentamiento de su posibilidades de acumulación mediante condiciones de superexplotación de los trabajadores, que conducen a estas capas dirigentes a percibir como inconciliables el crecimiento económico (su propio crecimiento económico) como cualquier forma, por limitada que sea, de proceso democrático.

Así entendido, en las condiciones latinoamericanas el fascismo se constituye en una respuesta necesaria del imperialismo y los sectores monopólicos nacionales. Y sus políticas, marcadas por el sello vergonzante de la extranjerización y la superexplotación en todos los países en que impone su ley, conforman la instancia final del sistema del subdesarrollo dependiente.

El impulso al proceso de extranjerización significa el abandono de todo “proyecto nacional”, mientras que las condiciones de superexplota-

ción sólo pueden imponerse a través de la negación de las conquistas sociales y la destrucción de las organizaciones de los trabajadores y tanto uno como otro propósito sólo se hacen viables bajo un esquema totalmente represivo capaz de ahogar toda manifestación de la resistencia que inevitablemente surge desde capas ampliamente mayoritarias de la población. Esta resistencia pasa a constituir, por la manipulación mágica de la doctrina norteamericana de defensa hemisférica, el “enemigo interno”, que los estrategas militares del subcontinente han venido buscando lúrgamente para mostrar su pericia y conocimiento. Así, salvando la imaginaria “nación” que se anida en la mitología geopolítica de este enemigo interno, los militares latinoamericanos terminan de conformar el cuadro de una dominación en que ni siquiera resulta necesario el recurso a fuerzas extranjeras de ocupación. Las dictaduras que hoy día despuntan por todas partes en el mapa latinoamericano marcan así nítidamente su carácter de clase, como expresiones orgánicas de los intereses del imperialismo y de los grupos internos de concentración monopólica, cuya asociación ha venido, por lo demás, desarrollándose desde largo tiempo.

Es hoy de conocimiento generalizado lo que la dominación fascista ha significado en tres años para Chile y el pueblo chileno. Omito pues la relación de los crímenes, de la política de exterminio que se ejerce sobre una generación de chilenos, de

la vergonzante subasta pública a que se somete el patrimonio nacional de Chile, del grado de entrega a los intereses del imperialismo, de la servidumbre con que se siguen sus dictados, de la increíble concentración monopólica que se conforma en corto tiempo, del arrasamiento de las pequeñas y medianas empresas, del empobrecimiento de las capas medias, de la miseria angustiosa de los trabajadores.

Y en concordancia con todo ello, del imperio del terror y la brutalidad represiva. No como práctica transitoria para doblegar la voluntad popular y consolidar el poder armado de los generales, sino como requerimiento del sistema que pasa a ser permanente, a durar tanto como dure el sistema mismo. Por más que se lo quiera encubrir, en esfuerzos desesperados por ocultar una realidad siniestra y atenuar los efectos de aislamiento internacional que inevitablemente motiva.

Los cambios que impone el fascismo

Es a partir de esta realidad del fascismo de hoy que miramos al futuro, al futuro y las necesidades de una lucha irrenunciable.

Cometeríamos un grave error si lo hiciéramos proyectando mecánicamente las situaciones del pasado. Así, no definiríamos debidamente ni una estrategia de lucha, ni una perspectiva programática, ni una política de alianzas correcta y verdaderamente eficaz.

Nuestra primera tarea, en este pla-

no, es hacernos cargo de lo que el fascismo está significando, de los cambios que impone, de las alteraciones que motiva en la propia estructura de clases y capas sociales, de la herencia que previsiblemente dejará, de los factores objetivos y subjetivos que a partir del fascismo movilizan la voluntad de lucha de los trabajadores chilenos.

Tenemos que hacernos cargo, por ejemplo, del hecho de que un Chile inserto en una organización económica continental adecuada a los intereses del imperialismo está llamado a ser, fundamentalmente, un Chile minero; en parte, también agrícola; pero en ningún caso un Chile industrial, como no sea en las ramas de industrialización de recursos naturales y orientadas básicamente a la exportación. La crisis industrial de hoy no es un episodio pasajero; podrá mostrar algunos grados de recuperación a partir de los abismos a que ha caído, pero sin una perspectiva mayor de mediano o largo plazo. Los mismos empresarios industriales que conservan la propiedad nacional de las empresas y se sitúan en líneas de producción orientadas a la demanda interna, comienzan a percibirlo así y a definir consecuentemente sus conductas: no invertir, recuperar en capital líquido cuanto sea posible y en el menor tiempo, aprovechar cualquier oportunidad para transferir la empresa a intereses extranjeros, desplazarse a la esfera del comercio o la actividad financiera especulativa; a lo más, procurar la conversión de las industrias, si es viable hacerlo, con vistas a mercados

exteriores para lo cual una condición obvia y reconocida es la asociación a empresas extranjeras que reúnen la tecnología, las marcas de fábrica y el acceso a los mercados.

Digámoslo de otro modo: el fascismo en Chile agota definitivamente las posibilidades de una burguesía industrial portadora de un proyecto "nacional" y con capacidad para hacerse cargo, como clase, de un desarrollo capitalista relativamente independiente. Es más, han bastado estos tres años de dictadura para desarticularla como tal: debilitada gravemente en su base de sustentación económica, privada de sus mecanismos tradicionales de expresión y compromisos políticos, fracasada la aventura de unos generales a fines de 1975, renuncia de hecho al enfrentamiento; cada quien procura salvar lo que pueda para emigrar con ello, o abrirse un resquicio que le permita asociarse de algún modo con los verdaderos dueños del escenario: los grandes monopolios exportadores y las variadas formas de articulación subordinada a los intereses extranjeros. Frei llega tarde, como igualmente tardíos resultan ser los "mensajes" de la socialdemocracia europea que aconseja y apoya la constitución de un amplio frente "antifascista" que se defina por el propósito de una reconstitución democrática burguesa.

Los sectores "medios" vinculados igualmente a funciones empresariales —pequeños industriales, comerciantes minoristas, trabajadores por cuenta propia—, que en la estruc-

tura económica del capitalismo dependiente conformada en Chile tenían una alta representación cuantitativa y acceso a una cuota significativa del ingreso, absorben las consecuencias del empobrecimiento de las masas (de cuyo poder de compra dependen en definitiva), acentuadas además por la concentración monopólica. Su sentencia está escrita en la consigna de la dictadura: "que perezcan los ineficientes". Y la pequeña burguesía asalariada, afectada por la caída de las remuneraciones y la contracción permanente de las oportunidades ocupacionales, defiende transitoriamente su nivel de vida inmediato sacrificando su equipamiento de bienes durables, y ve cerrarse las expectativas de su acceso gradual a la "sociedad de consumo".

Así pues, unas "capas medias" empobrecidas y proletarizadas, quizás no sólo en su condición material, sino también en sus conductas y valores, porque no pueden olvidar que alentaron y facilitaron el golpe militar, ni dejar de asimilar una experiencia en la que constatan del modo más trágico que no pueden —como se lo propusieron en el pasado— fundar un porvenir de relativo privilegio a costa de la clase obrera; sino que, por el contrario, su condición de vida se entrelaza definitivamente al interés del conjunto de los trabajadores.

Para la clase obrera las cosas quedan más claras que para nadie. Con una observación adicional: una proporción considerable y creciente es empujada necesariamente a la exclu-

sión completa del sistema, principalmente por la extensión dramática de una cesantía que se constituye en una constante del funcionamiento del sistema, con lo que pasa a engrosar el contingente de la población "marginada" que desde tiempo viene caracterizando el cuadro latinoamericano. Sólo que lo hace siendo portadora a la vez de una conciencia de clase, de una definición propiamente proletaria, con la cual contribuirá a que en el subproletariado y las masas marginales en su conjunto se gesten un enorme potencial revolucionario.

La necesaria alternativa socialista

Si se hace mención a elementos como estos no es sólo para caracterizar unas proyecciones que se incuban claramente en la situación actual, sino por el significado que están llamados a tener en la gestación del proyecto chileno del futuro y, de modo más general, en el horizonte histórico de América Latina.

Son por sí mismos indicativos de la precariedad que tendría, si es que tuviese alguna viabilidad real, un objetivo de reconstitución democrático-burguesa, que además vendría a reproducir las mismas condiciones de agotamiento e incapacidad encontradas en momentos anteriores del desarrollo del capitalismo dependiente en Chile. Cuesta imaginar cómo, con ese punto de partida que se hereda, pudieran reeditarse políticas "desarrollistas" al viejo estilo, sea en sus variantes más conservadoras o en las

más populistas y reformistas; más aun, cuanto que fueron esas mismas concepciones del desarrollismo, y sus consecuencias, las que en definitiva prepararon las condiciones reales para el fascismo.

El problema termina colocándose así en términos más bien paradójicos. Lo que pudiera parecer más "realista", un compromiso de lucha común contra la dictadura al que concurrieran las más variadas fuerzas sociales y sustentado en un programa de alcances mínimos, resulta ser lo menos viable, la expresión mayor de voluntarismo; como de algún modo lo ha venido demostrando la izquierda en su apelación persistente a la vieja superestructura dirigente de la democracia cristiana en el curso de estos tres años. En cambio, lo que pudiera parecer más utópico e "ideologizado", una lucha que convoca al derrocamiento de la dictadura y se sustenta al mismo tiempo en un programa de transformaciones profundas, de carácter definitivamente socialista en su contenido, viene a representar la única opción viable y a responder a los condicionamientos objetivos que vienen conformándose.

También es sólo aparente la debilidad que pudiera atribuírsele en sus alcances sociales: descontada una gran burguesía "nacionalista", de la que el fascismo ha dado cuenta en los términos descritos, es precisamente un programa de esa índole el que puede aproximar hacia la clase obrera a la pequeña burguesía asalariada, al campesinado desposeí-

do, a las crecientes masas marginales e incluso a capas pequeñoburguesas vinculadas desde niveles inferiores a los propios aparatos de dominación: los ideológicos, como el estudiantado y los intelectuales; los administrativos, la burocracia estatal; y las mismas fuerzas armadas, como la suboficialidad y los oficiales jóvenes o en formación. Alianza que, en las condiciones actuales de la lucha, se forja más desde la base social que en los entendimientos superestructurales con direcciones políticas proyectadas del pasado, como ocurre particularmente con la democracia cristiana, que está seguramente muy lejos de representar hoy día a la variedad de fuerzas sociales que la sustentaron antaño.

De esas condiciones derivan también los grandes desafíos para la izquierda. Una izquierda que necesita relegitimarse, después de la derrota enorme de 1973; demostrar la capacidad suficiente para renovarse a sí misma, superando hábitos y conductas que resultan incompatibles con las exigencias de ahora. Y por sobre todo, que necesita configurar ese nuevo proyecto político, y encontrar los caminos de lucha que con la derrota del fascismo abran cauce a su realización.

La oportunidad es excepcional. Como nunca en el pasado, se dan condiciones que permiten potencialmente agrupar en torno a un proyecto de ese carácter a capas ampliamente mayoritarias de la población chilena. Como nunca en el pasado, son pre-visibles unas demandas populares

orientadas mucho menos a expectativas economistas —como no sean los requerimientos perentorios de los consumos esenciales— y mucho más a exigencias políticas y de participación, que entre otras cosas aseguren la imposibilidad de un regreso del fascismo. Como nunca en el pasado, tanto en Chile como en otros países latinoamericanos, se insinúa desde ya la gestación de un proyecto socialista en lo esencial y capaz a la vez de incorporar, dándole un sello propio, las cualidades y tradiciones de estos pueblos; proyecto que, en los hechos, viene nutriéndose de la confluencia de dos vertientes ideológicas llamadas a caracterizarlo y sustentarlo: el marxismo y el cristianismo.

Porque también las iglesias, en esta coyuntura de la historia latinoamericana, son sacudidas profundamente por el fascismo y experimentan su propia revolución interior. Y, como si se reprodujera en su mismo seno la paradoja anotada anteriormente, ese debate cae hoy también como un mazo sobre la vieja “sabiduría” política tradicional: porque en las circunstancias de mayor represión y hostigamiento, es la fuerza de su vocación profética, y no la reducción de sus objetivos a escasos límites de negociación posible, la que convoca su espíritu y nutre su alzamiento contra la oscuridad del presente. La inmensa acción devastadora del fascismo ha disuelto también, a su paso, los estrechos lazos que vinculaban a un opaco presente a las organizaciones políticas y religiosas del pueblo; y, con ello, ha

abierto también los caminos de convergimiento que unirán sus luchas por el destino del hombre en esta parte del planeta.

Si fue Chile uno de los países de América Latina donde llegó a forjarse la más larga tradición de organización y lucha de los trabajadores; si fue en Chile donde en las condiciones anteriores se adelantó más en el desarrollo institucional y democrático; si fue desde allí que se suscitó el interés mundial por el proyecto político que simbolizó el Gobierno Popular; si ha sido ese pueblo nuestro el que ha motivado la mayor movilización internacional de opinión en solidaridad con su tragedia reciente, acaso sea, también, el pueblo chileno el llamado a abrir la nueva perspectiva histórica de ese socialismo latinoamericano.

Y cuando reflexionamos así, no nos sorprende encontrar una confirmación a conclusiones como ésta en la reflexión anticipada por Maidánik a propósito de la experiencia chilena cuando escribe:

“...En América Latina (igual que en todos los países europeos medianamente desarrollados), el fascismo no asegura la conservación del *statu quo*, sino el paso a las estructuras del capitalismo de Estado dependiente. La alternativa eficaz objetiva y, por ende, única de la revolución, no puede ser por lo tanto ni la lucha defensiva ni el remiendo reformista del orden existente de las cosas, sino la revolución que proclame la alternativa contraria, polar, y, a fin de

cuentas, socialista, de la salida de la crisis de estructuras. La confirmación del fascismo como alternativa de la revolución en América Latina, la ligazón indisoluble entre la lucha antimperialista, antioligárquica, antifascista y anticapitalista, la necesidad de la movilización antifascista de las masas populares del continente, es una de las principales enseñanzas de la tragedia chilena”.

Podrá argumentarse que no es que haya madurado ya, en el interior de Chile, una conciencia así definida. Seguramente prevalece una disposición subjetiva a aceptar que cualquier cosa, cualquier cambio, es preferible a la situación actual, y hay que favorecerlo; pero esa “cualquier cosa” es también insuficiente para la incorporación activa a una lucha que desafía tal brutalidad y tal eficiencia represivas.

Lo que quiere decir es que la convocatoria a la clase obrera, en situaciones de extremo reflujo como las que siguen a los golpes fascistas, no puede en modo alguno ser una convocatoria a luchar por los intereses de otros. Tal convocatoria no convoca a nadie: ni a los obreros, que verán a sus clase desprovista de una vanguardia dispuesta a luchar por sus propios intereses; ni a “los otros”, los pretendidos aliados, que no verán la fuerza concreta de quien los llama a la alianza y en cambio mantendrán la desconfianza derivada de la historia inmediata.

No cabe subestimar la importancia decisiva de los términos de tal convocatoria. Porque no es sólo de condiciones objetivas que surge la revolución, sino también de una indispensable voluntad revolucionaria, y de una voluntad que necesita también ser forjada en la propia lucha.